

algunas características esenciales de los aborígenes americanos que han dificultado siempre cualquier intento de aproximación a sus culturas. En primer lugar, la ausencia de un modelo cultural uniforme: hubo centenares de tribus con dioses, lenguas y costumbres distintas; centenares de tribus que no constituyeron sociedades estáticas y que fueron resultados de movimientos migratorios, cuando no de alianzas y conquistas. En segundo lugar, la ya mencionada confusión y equívoco de categorías intelectuales que supone el tomar por ideas científicas procedimientos mágicos, ejecutores del arte de curar por simples técnicas y no intermediarios y vectores de los propios dioses.

La Medicina Precolombina es una obra excepcional que pretende, y consigue magistralmente, sacarnos del error debido a la cómoda inercia y ofrecernos, en un exhaustivo trabajo de investigación, la auténtica dimensión humana del aborígen americano como hombre enfermo, sus ideas y recursos ante la enfermedad y el apasionante panorama de sus conocimientos en esta materia.

La Medicina Precolombina es, ante todo, un trabajo ordenado y de fácil lectura. Con orden y método científico se estudian sucesivamente las fuentes de estudio, las culturas diversas del continente americano, la nutrición y producción de alimentos y la propia nosología, para pasar a continuación a un estudio pormenorizado de cada grupo étnico en un amplio recorrido por toda la geografía americana, de norte a sur, de Alaska a la Patagonia, pormenorizando usos, costumbres, tradiciones médicas y recursos quirúrgicos, analizando muy detenidamente la materia médica y los hábitos higiénico-dietéticos. Lo que, en función de la densidad, podría resultar tedioso, se hace asequible por la sencillez del lenguaje empleado y la cuidada sistematización.

El estudio de los restos humanos, como parte del singular avance de la arqueología americana de los últimos decenios, ha permitido tanto el conocimiento de lesiones óseas como el de trepanaciones y aún deformaciones y mutilaciones intencionales, que en algún caso lo eran también de carácter estético. Aportación de la arqueología ha sido el conocimiento de construcciones sanitarias —acueductos, pozos, alcantarillados— y de las artes plásticas, como las pinturas murales y cerámicas en las que el indio precolombino supo representar con fidelidad síndromes patológicos, actos médicos y rituales curativos. Y aportación arqueológica es también la

descripción pormenorizada de instrumentos médico-quirúrgicos —espátulas, cucharillas, clísteres, tablillas, tubos de inhalación, cuchillos de pedernal y de cobre, apósitos de sorprendente perfección y agujas de sutura— escasos en su hallazgo, pero ampliamente representados y descritos en la más importante, sin duda, de las fuentes de estudio: los códices y crónicas, las fuentes escritas. De ambos, de códices y crónicas coloniales, se hace completa relación, resaltando el mayor interés de estas últimas frente al carácter pictográfico y jeroglífico de los primeros. Bellísimas ilustraciones e interesantes fac-símiles completan este apartado que sirve de pórtico al estudio analítico de cada una de las culturas precolombinas, no sin antes detenerse en el condicionante de la alimentación y el determinante de la nosología.

El conocimiento de los ciclos estacionales y el ordenamiento del año astronómico permitió a los primitivos pobladores de América el abandono de la caza como fuente única de alimentos y la organización de una agricultura elemental. El paralelismo entre ésta y la tecnología de la arcilla permite datar la evolución de la dieta precolombina por el estudio arqueológico de los estratos. De la misma forma que no hubo agricultura sin adaptación geográfica al medio ambiente, no hubo agricultura sin olla de barro. Y en este punto resalta el autor el doble significado que tiene la aparición de la olla junto a los primeros productos agrícolas: aquellos alimentos que se consumían hasta entonces crudos, o calentados y asados a fuego directo o en hornos rudimentarios, pasaron a ser cocinados en ollas y se hicieron más digestibles. Como contrapartida hubo de pagarse el canon de la inevitable desaparición de productos termolábiles, como el ácido escórbico y elementos accesorios de la dieta, dando paso a la aparición del escorbuto, como puede comprobarse en el análisis de restos humanos infantiles que muestran lesiones de esta índole. Avances posteriores en la tecnología alimentaria como la aparición del molino o la utilización de sales de calcio o conchas molturadas para la preparación del maíz, abocaron al importante hallazgo del cultivo asociado del maíz con leguminosas de grano duro con las que se pudo complementar la ausencia de proteínas y aminoácidos de origen animal.

La capacidad de una cultura para sobrevivir, para adaptarse al medio, radica en encontrar una dieta equilibrada y, por tanto, en la orientación de su alimentación.

El valor nutritivo de los alimentos americanos fue muy tempranamente percibido por los cronistas y fue objeto de varias recensiones históricas en las que se hizo hincapié en la relación entre dieta y capacidad defensiva del ser humano frente a la enfermedad.

Especies botánicas de alto contenido energético como la patata, la yuca, el maíz, el fréjol, la quinúa, el pallar, el cacahuete, la batata y la occa, junto a otras de escaso valor como la calabaza, el tomate, el ají y la gran diversidad de frutos como el cacao, el nopal, el aguacate, y aún las bebidas habituales como la chicha, balche o pulque, son analizadas con precisión botánica y médica, citándose sus nombres en las distintas lenguas y valorando muy acertadamente sus propiedades alimentarias.

Los restos arqueológicos nos hablan también de cómo el indígena americano obtenía sus proteínas de origen animal, de los rasgos antropológico-culturales de la nutrición del adulto y del niño. Junto al principal mamífero americano, la llama y el principal mamífero en estado salvaje, el bisonte, se convocan en este apartado las interesantes propiedades de las carnes de pavo, pato, cobaya, perdiz, codorniz, y aún de animales exóticos a nuestros gustos como el perro, el mono o el armadillo como «carnes de comer» y fuente de proteínas.

Cualquier interpretación de la demografía americana pasa necesariamente por el estudio de las enfermedades del hombre americano y éste, a su vez, por el análisis de las condiciones climáticas, geográficas y medioambientales en que actuaron los vectores. Este interesante apartado de la nosología precolombina ha sido tratado de modo superficial por los historiadores médicos, tanto como descuidada la diferencia del enfermar de uno a otro hombre según la cultura en que asienta. El indio americano conoció muy bien las plantas tóxicas y llegó a dominar una elemental tecnología de la desintoxicación de venenos de origen vegetal y animal; hubo de enfrentarse a multitud de parásitos externos e internos y, con total conocimiento, a numerosas enfermedades de origen protozoario o bacteriano, degenerativo o tumoral, carencial o endocrino. Y aún se discute la posibilidad de que la lepra y la fiebre amarilla hayan existido en aquella América precolombina, siendo estas dos entidades nosológicas junto a la malaria lo que el autor denomina muy acertadamente como enfermedades controvertidas.

Completado este pórtico y sentadas estas bases *La Medicina Precolombina* aborda la cuidada relación de culturas dentro de un orden y una sistemática de envidiable precisión en la que no faltan aportaciones e ideas personales, fruto sin duda de un trabajo sostenido a lo largo de muchos años de paciente investigación y estudio. Tan sorprendente puede resultar para el lector la inusitada frecuencia de enfermedades mentales entre los esquimales, como la pérdida del alma de los indios del Noroeste o el conocimiento empírico de los apaches de las drogas alucinógenas, o las prácticas higiénicas de los sioux, cheyennes y cherokees y su uso acertado de infusiones, sudoríficos, diuréticos y saunas. Sorprendente la existencia de logias médicas entre los indios de lengua algonquina y sorprendentes las prácticas médicas de los indios del Suroeste e indios pueblos. Y a esta sorpresa del lector no es ajeno el lugar común de identificar como precolombino lo referente a la América Central y del Sur, con olvido, demasiado frecuente, de aquella otra América del Norte en la que la colonización y evangelización españolas fueron menos notables.

Amplísimo y muy bien documentado es el capítulo dedicado a la América Central en el que se estudian las culturas uto-azteca, azteca, maya y taína; con continuas referencias a códices y crónicas y arropado por una excelente iconografía que facilita y embellece la visión de su mundo mágico, sus tradiciones, creencias, conocimientos médicos y prácticas quirúrgicas. Y no menos amplio y preciso es el estudio de los pueblos de la América del Sur, chibchas, incas, amazónidos y patagones.

Confluye el trabajo de investigación en un corolario perfecto que invita a la relectura y puede servir de ejemplo de cómo, a la hora de extraer conclusiones, el espíritu científico ha de primar sobre la pasión narrativa. Y si a ello añadimos las más de mil citas bibliográficas, las casi doscientas ilustraciones y los tres índices, onomástico, toponímico y de materias, y la primorosa edición de la obra, habremos de concluir por nuestra parte que *La Medicina Precolombina* es un libro excepcional, un delicioso hallazgo y un instrumento de trabajo impagable a la hora de acercarse, como experto o profano, al apasionante mundo de las artes médicas del indígena americano.

Fernando Güemes

La singularidad poética de Luis Alberto de Cuenca

El pasado 14 de febrero se presentó en el Círculo de Bellas Artes de Madrid el libro de Luis Alberto de Cuenca *Poesía 1970-1989*. A la expectación e interés que siempre preceden a la aparición de cualquier selección de poemas —aún haciendo honor al tópico, no corren ahora precisamente buenos tiempos para la lírica— se une el hecho de que el autor mostraba por vez primera la totalidad de su obra poética, desde el impecable volumen que Abelardo Linares y la editorial Renacimiento, en Sevilla, ofrecen a los lectores. Aquí se encuentran reunidos cinco libros escritos entre 1970 y 1989, con las oportunas correcciones o reelaboración de los textos originales según precisa en una nota su autor. Exactamente figuran *Elsinore* (1971), *Scholia* (1976), *Necrofilia* (1982), *La Caja de Plata* (1983) y *El Otro Sueño* (1986), además de otros poemas, inéditos hasta el momento. He transcrito las fechas para dar cuenta del extenso marco cronológico que abarca esta producción literaria, casi dos décadas susceptibles de evoluciones formales y temáticas y, como tales, sugestivas para el análisis pormenorizado. Pero también he subrayado lo dilatado del tiempo de la escritura para confesar que yo no había leído an-

tes la totalidad de los poemas del autor, y este hecho, que sospecho inquieta un poco a todo creador, favorece sin embargo al crítico y, en definitiva, a los lectores. El mundo poético está repleto de muchos yoes, de una sucesión de subjetividades y es al cabo la acumulación de esas perspectivas la que ofrece la especial personalidad del artista después de años de creación. Cuando Luis Alberto de Cuenca publicó su primer libro, *Elsinore*, el panorama literario alumbraba una pluralidad de conceptos: poesía «novísima», escuela «veneciana», culturalismo, esteticismo... que dieron mucho que hablar a la crítica preocupada por sintetizar las características de aquellos nuevos poetas decididos a cambiar la voz ronca de la lírica anterior¹. Significativamente el último libro del poeta, *El otro sueño*, está escrito en vísperas de los noventa, allí donde filósofos y sociólogos aseguran que nacerá una nueva época, la del estilo personal, «el buen gusto espiritual» si acudimos al término de Cioran. En ese margen de tiempo, de Cuenca ha publicado libros de poemas, artículos de opinión desde su columna periodística que le acerca semanalmente al lector de un diario nacional y también la labor científica que le impone su cotidiana actividad filológica. Pero en todo caso, el poeta ha vivido su tiempo —histórico, sentimental—, circunstancias que se subjetivan en las líneas de sus versos, planteando la evolución de su lírica y las relaciones con el magma cultural que le ha rodeado, hecho fundamental para una determinación de su poética, como vamos a ver enseguida.

La Caja de Plata

Recibió en 1986 el Premio Nacional de la Crítica y Julio Martínez Mesanza, en el Prólogo a las *Obras* que tratamos, ha escrito: «...cuando en ese año *La Caja de Plata* recibió el Premio de la Crítica muchos pensaron que se trataba de un reconocimiento indirecto a la amplia labor literaria de Luis Alberto de Cuenca... ese acierto tenía un alcance significativo porque varias de las características fundamentales de la poesía que empezaría a

¹ Véase Julia Barella, «La reacción veneciana: poesía española en la década de los Setenta», *Estudios Humanísticos*, núm. 5, 1983, pp. 69-76.